

## Palabras para el Club de Leones de Isla Verde

Agradezco profundamente a los directores y asociados de estos amables y civilizados "leones" del Club de Isla Verde, la invitación que se me ha extendido para hablar ante ustedes esta noche. Que la adusta hidalguía y la serena "bravura" del Rey de la Selva, me salven esta vez de todo descalabro.

Hay palabras predestinadas a sufrir un largo calvario conceptual: "ciudadanía" y "patriotismo" son dos de esas palabras. La primera pertenece a un orden político; la segunda a un orden emotivo; ambas tienen una significación clara y precisa entre las ideas que prevalecen en nuestro tiempo. Sin embargo, es curioso observar con cuanta frecuencia la "ciudadanía" se convierte en un sentimiento y el "patriotismo" en un dogma político.

En la aparición de los Estados-Ciudades, el ciudadano era el usufructuario del poder político frente al hombre-masa que se suponía desligado de toda integración del poder público. El ciudadano era el que elegía el gobernante, los cuerpos militares, el organismo administrativo y el que poseía los bienes privados. El hombre-masa era simplemente el esclavo, casi siempre el bárbaro conquistado. Llegó un momento en que el

mundo resultó demasiado ancho para la pequeña ciudad y entonces se concibió la idea de hacer ciudadanos a todos los grupos étnicos dispersos bajo la bandera del Imperio. Se supone que desde entonces empezó la verdadera decadencia de la cultura de Occidente, pues a mayor barbarización mayor aniquilamiento de los contenidos superiores de la cultura política. Se supone que las anteriores castas orientales, con su profundo juego de divinizaciones, fórmulas mágicas, algebras simbólicas y mitos racionalizados frente a la borrosa pizarra del astrónomo, fueron mejores custodios de la alta cultura. Desde esta apacible melancolía de sabernos todos productos de una decadencia irremediable, prisioneros dentro de nuestra propia filantropía de reformadores, se puede mirar el mundo que nos rodea con bastante tranquilidad.

Claro, estas cosas no suceden sin dejar una profunda huella en la dialéctica del tiempo. Nos cuesta trabajo reconocer que el gobernante moderno represente el espíritu tanto del ciudadano privilegiado como el del hombre-masa; que nuestras instituciones militares se hayan convertido en cuerpos civiles custodios de la libertad del hombre común; que el organismo administrativo esté regido por una ley de servicio civil buscando una igualdad ante la inteligencia; que no haya ninguna desigualdad electoral entre el hombre rico y el hombre pobre. Pero te-

nemos que acostumbrarnos a considerar la ciudadanía como una simple limitación de nuestra autonomía frente al otro hombre, como una defensa del hombre común frente al gobernante, al instituto militar, a la burocracia, a los grupos poseedores. Tenemos asimismo que conformar nuestra noción de la ciudadanía al clima de las creencias morales que ella representa. No se puede tampoco ser ciudadano de una nación o de un pueblo sin aceptar aquellas lealtades mínimas que ha instaurado el genio político de esa nación o pueblo. Hay que dejar el resabio de considerar a la ciudadanía como un privilegio, según se entendió en sus orígenes, o un derecho a demoler todo el mundo a nuestro alrededor por salvar nuestro individualismo, y empezar a entenderla, como una conquista del espíritu de redención del cristianismo frente a la concepción feudal del poder político.

Las formas políticas de la libertad, el sentido de lo que es y no es la libertad política del hombre, cambian con un rapidez vertiginosa cuando se les aplica la medida extensa del tiempo histórico. Todo un ideario político puede quedar deshecho en una batalla. El sistema económico más recio y estable puede morir en la curva de una depresión. Lo que debemos procurar todos es

que no muera la libertad del hombre como si se tratara de una simple cuestión política o económica. Tal vez una manera de enfrentarnos a este riesgo humano es entender que todo lo que se relacione con la libertad del hombre tiene una prioridad, una urgencia inaplazables y que la más pura forma de entender la ciudadanía es considerarla como una franquicia humana inviolable, desligada de todo privilegio, como una conquista del espíritu maestro que rige a las civilizaciones.

Algo parecido sucede con el patriotismo. Hace mucho tiempo que hemos proscrito la palabra "patria" guiados por un recelo sin fundamento. Se supone que este etnocentrismo, este convivir afectivamente con los hombres junto a los cuales se siente uno más seguro, este amor a la tierra donde se nace, le haga daño a la organización universal de la civilización. La patria es una dimensión humana del ser, una configuración espacial tan irremediable a la vida de cada hombre como la configuración temporal de la conciencia histórica. Ningún ser humano es un mundo cerrado, completo en sí mismo, que no necesita para nada del complejo natural e histórico que lo rodea. Todo lo contrario, el hombre mientras vive necesita apoderarse de grandes pedazos de la naturaleza, de grandes porciones de la historia, de la vida de los otros para completar su ser. Nada hay en el

fenómeno humano que nos permita sospechar siquiera una total hibridación del carácter. Cada hombre se parece a su tierra, a sus coterráneos, es producto de un sistema de valores afectivos, posee una manera de ser, de actuar, de entender la vida que le es común a los demás hombres que conviven con él. La patria no es nada más que una forma poética de expresar este estilo del ser ante la circunstancia.

Hay algo que re-formular en cuanto a este sentimiento que conocemos por patriotismo. Mientras la adoración natural al sitio donde se nace es bastante cerrado, no lo es el ancho panorama histórico dentro del cual se forja nuestra conciencia. Hay grandes avenidas del trasmundo que continúan abiertas a nuestra sensibilidad histórica, como puertas ignoradas de nuestro propio ser. Como seres humanos pertenecemos a grandes cuerpos históricos algunos de los cuales llegan a las márgenes de la leyenda y el mito. Sólo que la vida no se organiza a lo ancho y a lo superficial sino a lo angosto y lo profundo. Esto nos obliga a una selección irremediable del mundo natural -aquello que puede dominar nuestros sentidos- y a una reconciliación perenne de las ideas -aquello que esté dispuesto a aceptar nuestra conciencia.- Hay un pequeño y misterioso conflicto interno que rige nuestra vida emotiva y reflexiva.

Lo que algunas veces nos conturba cuando pensamos en la patria, en el patriotismo, en la inmutabilidad de los valores

patrióticos, es que nuestro sentido de la patria algunas veces ha tenido que sublimizarse hasta el fanatismo, hacia el odio al extranjero, para hacerle frente a una agresión bélica. Los que detestan la guerra acaban por renegar del patriotismo por entender que el patriotismo es el que desata las guerras sobre el mundo. Desgraciadamente, esto no es así. La guerra es un antagonismo artificial creado por la codicia del grupo poseedor y avivado por un tipo banal de literatura sin compromiso con la auténtica tragedia del hombre. La imagen de la patria que dejan tras de sí las guerras, el culto a los héroes, la mitología sangrienta del holocausto, los grandes odios movilizados para salvar la moral guerrera, algunas veces no nos permiten llegar al noble sentido humanístico, hasta la imagen de la paz de lo que significa la patria.

La patria es el solar de unas formas religiosas, culturales y sociales cristalizadas por la creación extra-individual del grupo humano frente a una naturaleza largamente elaborada por nuestra sensibilidad o una historia aprehendida en el pedazo convincente de la historia viva que representan los hombres, que crea una ancha sociabilidad por encima de las relaciones interindividuales, con un sentido de valores profundamente re-flexionados.

Decidirse a no tener patria es convertirse en un turista del no ser, es deambular por el mundo sin ningun punto de referencia para organizar nuestra vida emotiva, es resignarse a ser un espectro de la vida histórica.

Es un error suponer que esta extra-sociabilidad es postestativa del elemento étnico, de los llamados naturales del país. Históricamente hablando, el mundo de cada hombre es un mundo demasiado ancho para suponer que las aclimataciones humanas tengan la misma geografía que las materias primas o los cameloides. Un estudio de los grupos de emigrantes que intervienen en la formación de un pueblo, demostraría, que cada pueblo se forma de una gran variedad de agregados raciales y que el sentido de patria que se desarrolla frente a un paisaje y dentro de una convivencia humana, depende del juego de afinidades y selecciones que desarrollan una gran variedad humana frente a la determinada naturaleza y ante la historia. Cuando un extranjero quiere ser cortés con nosotros, simplemente nos dice: -Me siento aquí como en su casa.- Pues la patria es eso, un sentirse uno en su casa, un estar dentro del espíritu de los pueblos, hablar con personas que tienen un sentido de la vida

parecido al nuestro, conversar con un vecino que tiene problemas parecidos a los nuestros, amar un paisaje y una gente que poco a poco nuestro sentido de la sociabilidad va trasladando a nuestro propio mundo. Como se ve, no es tan difícil ser patriotas.

---